

# ULTIMA NOCHE CONTIGO

PEDRO PERDOMO ACEDO

[  
BIG  
08  
UL

---

LAS PALMAS

**BIBLIOTECA**  
**MANUEL HERNANDEZ**



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
Nº Documento.....377009  
Nº Copia.....377013

ULTIMA NOCHE CONTIGO/PEDRO PERDOMO ACEDO

A don Manuel Hernández Suárez,  
espejo en que se mira la Bibliofun-  
día canónica de su amigo

Pedro Perdomo Acedo

diciembre del 76

# *ULTIMA NOCHE CONTIGO*

**PEDRO PERDOMO ACEDO**

*Retrato por* **JUAN ISMAEL**

---

**LAS PALMAS**

© **PEDRO PERDOMO ACEDO, 1976**

**Depósito Legal C. C., 660-1976**

---

**Imprenta Lescano — Paseo de Tomás Morales, 15**

***In memoriam uxoris***

***Gracias al amor sentimos todo lo que  
de carne tiene el espíritu.***

**MIGUEL DE UNAMUNO**

***¡Cuando cesa el beso, brota el canto!***

**PAUL CLAUDEL**



I

*ULTIMA NOCHE CONTIGO*

[23 - 1 - 76]

**El ser que mejor quisieran  
mis plenas ansias cordiales,  
pues juntos envejecimos  
como Filemón y Baucis  
los futuros del pasado,  
siempre novia, esposa y madre,  
siempre autorrepetidora  
en su río de un solo cauce  
con Eros y Ethos, riberas  
carnales y espirituales,  
ha dejado de existir  
hace nada;**

nada hace  
que apagósele el cantar  
al agüío de su sangre  
sin el redamar recíproco  
de la amorosa sintaxis.

Del mismo modo que al árbol  
hiende chispa centelleante  
la parca silenciadora  
fulminó: «punto y aparte,  
ella en su segunda cuna,  
con las raíces tú al aire».

La unidad de la pareja  
-fábula o piadoso fraude-  
siente aflojar de improviso  
la unión de entrambas raigambres  
que puso al arbusto en pie  
y al nido a brazo de árboles.

Tal cual lo digo la dije:

«Ay, Muerte, y así deshaces  
y hielas la llama viva  
de luz a mi acompañante;  
aunque al corazón del mar  
ríos y montes traspases

o a la Tierra, tumba viva,  
pusiesen losa los mares,

polvo harás de nuestra obra,  
pero polvo enamorante;  
no la expugnarás tu finta  
manteniente a punta de iceberg».

Con dolor sobre dolor  
que a mi soledad le abre  
un desaliento inaudito  
de lutos irreparables

opté por no intervenir  
en el eterno debate

sobre el Amor y la Muerte,  
el Espíritu y la Carne,  
cuyas células contienen  
pizca de átomos astrales.

De la Muerte primogénito  
a su Dios pide Abel paces  
y andando en zancas de araña  
perdí ocasional embarque

porque los sueños son vanos  
si no se escriben con sangre.

¿Capitulación? Tal vez,  
solo que *cum grano salis*,  
bebiendo el vaso de sombra  
de parejas soledades

y como al silbo del tren  
sigue un fragor de abordaje  
que los carriles desvían  
a los campos o a las calles,  
en mi concha de silencio  
guardé el temblor de su carne;

mas el ruisenior interno,  
sobreponiéndose al trance,  
adicto al mito sacral  
y temoso del lenguaje

logra unirse al alma ausente,  
sin armónicas sexuales  
la lleva en la sonochada  
a su población de ángeles

y endechando a la sordina  
blancas lumbres, mudos aires,  
con embeleso de idilio  
transubstanciado en imagen,

soñando hacia atrás, bebiendo  
solo sueños saludables  
en las fuentes de Epidauro,  
entre abstinencias verbales

poco a poco la conduce  
hasta la miel de su enjambre,  
más allá de los espejos,  
del azándar y del cáliz,  
bella en su muerte andaluza  
cual las magnolias del Parque,

que aunque con rostros seráficos  
si a suelos ajenos caen  
en su desnudez final  
sin un piropo de sangre,  
nevado calor florece  
la blanca luz de su imagen;

¡y cómo mantiene aún  
el candor reverberante,  
o gongorizando a ciegas,  
sus *otoños de azahares!*

Todos los ángeles son  
—¡amor mío!— un solo Angel;  
y vuelve su pulpa humana  
con aterrizar de ave,

recién nacida al afecto  
a luz del cometa Halley,  
virgen de nuevo en la tierra,  
con que retroalimentándome  
volvióse a pelar la pava,  
yo intonsamente ruante,  
ella echada en el alféizar  
doblando su esbelta imagen,

y entra el querer por los ojos  
sin roce o peso de carne  
limpios los suyos, los míos  
cual los pintó Angel Olarte,  
transbordadores de amor  
hacia un día inacabable...

pero el día se acabó;  
¿es la muerte un desenlace;  
se avendrán con sus espejos  
los descendentes semblantes?

Fuese alejando su orilla,  
estela enjuta es el cauce  
y mientras remuerdo el ágamo  
para contener un ¡ay!,  
abroman los ojos míos  
porosamente humectantes  
—¡última noche contigo!—

**un velo de agua que cae  
y en pos de puertos de gracia  
corre al Mar de las Verdades.**

**10-IV-76**



## II

# *COMUNICATIO INTERRUPTA*

[24 - 1 - 76]

**Lejos del mapa de ruidos  
aparéjame en tu in pace  
mi navícula de mármol  
en este Puerto de Mármoles  
que asienta en un mar de cruces  
su fondo retestinante,**

**con que al final de mi pena  
zarpando para ese viaje  
pudiéramos algún día  
saber lo que no se sabe,  
pues saberlo sin pecado**

sólo tras la muerte cabe,  
yendo en tu Santa Compañía  
con lemniscata incesante

cuando volvamos los muertos  
a suplir en los hogares  
la ausencia de cuantos hijos  
ocupen nuestras vacantes  
sin que nos abran camino  
las bengalas de la carne,  
¡que infinito en pie de amor  
fuera el 8 de tu calle!

20-V-76

# **APENDICES**

Doña Julia Azopardo Cabrera, esposa de don Pedro Perdomo Acedo, ex-director del «Diario de Las Palmas», ha vuelto a la pintura. El matrimonio ha cumplido ahora, muy recientemente, sus bodas de oro de casados.

La pintura de doña Julia en esta nueva etapa que ha iniciado, es una pintura colorista y realista, aunque con una conveniente dosis de subjetivización.

Allá en su casa de la Plaza de Santa Ana hablamos con doña Julia, rodeados de cuadros de sus distintas épocas pictóricas.

—¿Cuándo comenzó usted a pintar?

—*Desde pequeña. Recuerdo que, siendo niña, realicé un dibujo de uno de mis tíos que llamó la atención de varios familiares. Como es lógico, en la actualidad lo rechazaría, pero no deja de ser un indicio de esta vocación. Más adelante, cuando terminé mis estudios en el colegio de doña Salomé Araña, comencé a asistir a clase en la academia de pintura que doña Antonia Arboniés tenía en la Alameda de Colón, junto al Colegio del Carmen. Allí, entre otras muchas buenas compañeras se encontraba Lola Sall que, ya casada, tuvo la suerte de tener hijos que continuaron, con mucha calidad, su vocación: Manolo y Jane Millares. Por cierto que a pesar de la corta distancia que existe entre la Alameda y mi casa paterna de la calle de los Malteses, la travesía solía hacerme larga porque al amparo de la academia y del referido colegio, hormigueaban pretendientes de las alumnas que solían presenciar las entradas o salidas de las mismas, cuando se lo permitían sus asistencias al colegio.*

—¿Por qué lo dejó?

—*Por la misma razón que les ocurre a muchas señoras. Pasado el tiempo me casé y tuve que renunciar. Otras obligaciones, como era atender a mi casa y a mis hijos, me lo impedían.*

—*¿En que sentido ha variado su pintura entre estas dos etapas?*

—*La verdad es que siempre he sentido gran interés por el retrato. Me entusiasma intentar captar la psicología de una persona, su verdad, para plasmarla en el lienzo. Pero no se puede dudar, hay diferencias. Por ejemplo, antes había bastantes menos pintores que en la actualidad. También que, en más de una joven, existía la tendencia a realizar una pintura que pudiéramos calificar de adorno. En mi segunda etapa me he interesado más por el aspecto realista de la pintura como cámara de expresión.*

—*¿Cuáles han sido sus profesores?*

—*Después de Antonia Arboniés, Eladio Moreno, que iba a darnos lecciones a casa, y, en esta segunda etapa, Cirilo Suárez.*

—*¿Cómo definiría usted su pintura?*

—*Reconozco que siento predilección por lo figurativo. Admiro, por ejemplo, algunas obras pertenecientes al cubismo de un Picasso, sobre todo cuando se puede admirar un original, pero mi formación artística y mis ideales estéticos me inclinan a la pintura figurativa. Dentro de ello, como he dicho, el retrato y también el paisaje me agradan sobremanera.*

—*¿Qué motivos o situaciones le agradan más para llevarlos al lienzo?*

—*Ya que me apura, le diré que asimismo me gustan los motivos populares de los que he pintado algunos durante mis estancias en Sevilla. Existe tan marcada diferencia de ambiente con nuestra ciudad que despierta la curiosidad ese tipismo andaluz, explotado por el folklore, pero que, viviendo en Andalu-*

*...cía, se percibe en toda su fuerza popular. Así por ejemplo, una de las facetas de esta diferencia ambiental, la tenemos en la Semana Santa, tan austera en Las Palmas y tan suntuosa y llena de movimiento como es la de Sevilla.*

*—¿Cuenta alguna anécdota de sus dos épocas en la pintura?*

*—Confieso que me resulta algo difícil encontrar anécdotas en una vida tan poca complicada como resulta la de cualquier ama de casa española, sobre todo las pertenecientes a mi generación. Recuerdo la admiración que me produjo en el Colegio Nacional de Ciegos de Chamartín, donde trabajaba mi marido, ver a los alumnos ejercitarse en los trabajos con plastelina, consiguiendo la confección de las figuras de cuantos objetos podían ir percibiendo a través de su tacto. Con esto, sus producciones daban la impresión de estar hechas con un «estilo acariciante»*

*—¿Cómo era el ambiente artístico en la ciudad durante sus primeros años en la pintura?*

*—Como ya he dicho, era una ciudad sin prácticamente exposiciones, salvo la que todo los años hacía la Academia Municipal de Dibujo que funcionaba en los bajos del Ayuntamiento, dando cara a la plazuela del Espíritu Santo. En cambio, la afición musical, principalmente dirigida por la Filarmónica, tenía su reflejo en la mayor parte de los hogares de la ciudad. Y que por carnavales se manifestaba, con bastante amplitud, en los inolvidables bailes familiares de toda la ciudad.*

*—¿Qué diferencias observa con respecto al actual ambiente?*

*—En mi tiempo hacíamos una vida recogida. El arte, que pudiéramos llamar canario, de entonces, se manifestaba en este nivel, hasta que el pintor Néstor, usando de una libertad que entonces no existía en las*

*producciones artísticas, dio al arte que aquí se hacía una vuelta cuya influencia se prolongó hasta algo después de la guerra civil española. Hoy esa libertad ha tomado mayores alcances y la pintura, así como la escultura, a partir de la obra de Plácido Fleitas, han tomado un aire que ya no se satisface sin trascender fuera de las islas.*

*—¿Qué significa la pintura para usted?*

*—Pues, sencillamente, un método de evasión para las necesidades de mi sensibilidad.*

A. T. P.

(De *La Provincia*, 23-XI-73)





*Inesperadamente nos llega la noticia del fallecimiento de doña Julia Azopardo Cabrera, esposa de don Pedro Perdomo Acedo y madre del escritor y periodista, querido compañero en la Redacción de «Diario de Las Palmas», Pedro Perdomo Azopardo.*

*Doña Julia fue siempre una dama estimadísima por su extraordinaria categoría humana, su cordialidad y la inteligente agudeza de sus respuestas en las tertulias a las que, siempre en unión de su esposo, asistía. Su sensibilidad e inquietud cultural la llevaron al cultivo de la pintura, que practicó con modestia exagerada, recatando celosamente el producto de sus horas de reflexión ante el lienzo. Con otra cordial figura, don Gonzalo Pérez Cusanova, íntimo del matrimonio Perdomo-Azopardo, dio especial empaque y distinción a las reuniones del Gabinete Literario, siendo durante años centro de amistad en la centenaria entidad cultural isleña.*

*Su vida fue excepcional en todo cuanto se refiere a virtudes familiares y hogareñas, primero desde la profunda y permanente compenetración con su esposo y después en la guía y cuidado de los hijos. Con su tesón e inteligencia supo salvar avatares y dificultades de toda índole en los trances difíciles de la Guerra Civil, al encontrarse sola con sus hijos en Madrid y marchar después con ellos a Francia hasta que allí pudo reunirse con el esposo. Su capacidad de comprensión y su sentido de la amistad la hicieron gozar del cariño de todos cuantos tuvieron la suerte de conocerla.*

*Lejos de la isla, sin preaviso, nos llega la noticia de su muerte. Con la premura dolorida de este adiós expresamos nuestra tristeza y enviamos desde LA PROVINCIA la más sentida condolencia a don Pedro Perdomo Acedo, insigne poeta y maestro de periodistas, así como a su hijo Pedro y demás familiares. En horas tan tristes, nuestro abrazo emocionado a tan queridos compañeros.*

## I

No sabría hacer en este instante de despedida a Julia Azopardo—doña Julia Azopardo Cabrera de Perdomo—una necrológica de obligación y oficio. Una *nota ajena a las mejores cualidades del alma, del espíritu, de la amistad.*

La recuerdo «de siempre», quiero decir desde los primeros años diez, en que «hablaba» con su novio—Pedro Perdomo Acedo—desde su burguesa ventana de Malteses, en la casa de sus antepasados.

Los recuerdos: ella muy blanca, muy erguida y arreglada, con sus ojos vivos, grandes, guapísima. El desde la acera, rompiendo mares, con pantalón blanco, chaqueta azul, bastón, «maipole» y arrogante como los varones de su estirpe; entonces era «el mayor de don Felipe Perdomo»; luego y hasta lo eterno, el muy alto poeta, agudísimo escritor e ingenioso hombre de palabra: Pedro Perdomo Acedo.

Pero los Azopardo, a más de ostentar viejo origen maltés, eran cartesianos a su manera y se oponían inmovibles al noviazgo. Jefe de la familia, don Francisco Azopardo y Bethencourt, hombre de prestigio solidísimo en nuestro comercio y jefe poco menos que absoluto de una de las más sólidas casas inglesas de importación.

Los amores contrariados, sonados y comentados, terminaron ante la Virgen de la Soledad, en San Francisco (1). Luego, lo de siempre: los hijos, la casa, la vida; lo que no cedió una línea fue el inmenso amor de la pareja, la entrega de uno al otro y cómo aquella muchacha educada dentro de un hogar de burgue-

sía inflexible, supo siempre adaptarse a los medios de bohemia en que su esposo, escritor y periodista, hubo de moverse aquí y en la península, sobre todo en Madrid, donde Pedro Perdomo formó parte de la redacción de «El Sol».

La guerra los separó. El marido en tierras andaluzas y ella en Madrid. Fue en tales instantes cuando doña Julia Azopardo hizo valer su temple de esposa y de madre. Luchó, defendió con energía su hogar, a sus pequeños, hasta que ese coraje—algo que nadie supuso en ella—logró sacarla del horror de las bombas, del hambre y de la desesperación.

De nuevo en su tierra dedicó todas sus ilusiones al hogar, a los hijos, al esposo, a la vida social, a sus pinceles en los que destacó con bastante destreza. Frecuentó las tertulias de personas amigas, escritores, artistas, y formó como siempre la pareja de ideal compenetración, insuperable hasta que la enfermedad sin apelaciones hizo presa en aquella mujer cuya existencia toda fue ejemplo y fue entrega a sus obligaciones con dignidad y señorío.

Hace unos meses marchó a Sevilla por circunstancias familiares: fuimos muchos los que presagiamos que Julia se encaminaba al viaje sin retorno. Ahora todo será diferente cuando al regreso del esposo, descentrado, solo, no nos atrevamos los amigos de verdad ni siquiera a «darle el pésame».

N. A.

(De *La Provincia*, 24-1-76).

(1)—El enlace se verificó en casa de la novia, Malteses, 8.

*Nota del Editor*

## II

Ordeno la melancolía de estas emociones en los instantes en que lo que se llamó Julia Azopardo de Perdomo desaparece y hunde a la busca del último abrazo: el de la tierra. Lo ha hecho en Sevilla, la ciudad sin pareja en su alegre despreocupación aparente. En Sevilla, como aquí en la isla, el invierno se ha visto en el espanto de dejar plaza a una luminosidad jocunda que bordea los caminos de la primavera. Pero allí tienen al río.

Repaso aquí, en este zaquizami de Vegueta, mis contactos fraternos con aquel matrimonio que pese a pasos y trasposos y horizontes distintos nunca olvidó su sedimentación en los viejos moldes de honestidad consciente, de respeto comprensivo que fueron las constantes de los hogares nuestros de «antes de la guerra»; unos hogares en que eran, se hacían imprescindibles los «macasares» y los tapetitos de *crochet* junto al piano vertical.

Siguió a esta etapa primera la del diario «El País» sin olvido, publicación que Pedro Perdomo Acedo, su marido, creara y dirigiera transportándola así—a la esposa reciente—a un mundo ni siquiera ideado, pero que ella supo asimilar con medida en su papel de alentadora y compañera sin fatigas de quien había sido la primera, la única ilusión de su vivir adolescente.

Para nosotros, los que conformábamos la inexistente «redacción», fueron aquellos instantes de muy difícil olvido, salpicados de anécdotas de indigesta publicación a veces, como aquella de la primera pelí-

cula de Joan Crawford («La Venus del mundo») en que se dibujaba increíble mientras su segunda, Anita Page, le «robaba» el papel. Recuerdo a Félix Delgado y aquella su sección ¡tan imitada luego! de «El isleño y sus caídas» en la que todos colaborábamos.

A veces—muchas—la tertulia se alargaba hasta que la voz tintada de leve autoridad de la esposa caía desde el piso superior:

—«¡Pedro!».

Se alzaba el vuelo mientras don Pedro sonreía con sorna. La dialéctica seguía afuera su ejercicio—Víctor Doreste en su ingenio, en su lengua, no conocía el cansancio—hasta que el alba alzaba sus cabellos sobre la piel del mar. Porque la gran señora que era Julia, ajena al mundo aquel de chistes y metáforas, en ocasiones, hasta de ideas poco ortodoxas, era la guardadora estricta del orden dentro del vaho bohemio a lo Valle-Inclán casi de la «redacción» aquella. De aquella y de todas las del instante.

Agostada la vida de «El País», que había estudiado a lo indolente, a lo poeta, en Madrid donde fuera amigo y compañero muy íntimo del alto bohemio genial que fue Rafael Mesa con su anecdotario fabuloso, Pedro Perdomo, que había «hecho el servicio» como «cuota» en un cuerpo aristocrático— él lo era, lo es por línea materna—, añoró a la Cibeles y su feudo y decidió el regreso, a ejercitar su pluma de periodista extraordinario, agudísimo en ingenio y conoceres y tal vez a dar actualidad a su poética, que los tiempos rodaban y el surrealismo se había dejado sentir a lo fuerte.

En esto fue la ejemplaridad de doña Julia algo inimaginable. Supo ser la compañera abnegada, segura, atenta siempre al gobernario de la familia, de los hijos, del hogar. Lo hizo sin desmayos, sin permitir que la unidad matrimonial se distrajera ni permitir

que «el sagrado del hogar» se quebrantara. Ella conocía sus brújulas.

Hacía, en lo que era lógico, vida social, frecuentaba teatros, tertulias, exposiciones, conciertos, pero siempre replegada en sí misma, en su papel de esposa atenta y alerta. Cuando ya iniciado el declinar alguien le recordaba su arrogante juventud, Julia Azopardo contestaba sincera:

—Por Dios, ¿usted anda bien de los ojos? De mis doce hermanas—fuimos trece hijos, nada menos—la única que merecía ser mirada era Sara. Esa sí que fue una belleza; las demás «azúcar de tercera». Pero no era cierto.

Su marido, ya en Madrid, formó en la redacción del diario más importante y había sido enviado a Sevilla para unos reportajes, unas entrevistas. Entonces reventó lo que rodaba en el aire: la Guerra. Ella relataba con serenidad consciente y con cierta ironía la salida con sus hijos del Madrid bombardeado, hecho hambre y escombros. Así, casi por milagro, pudo salir a Francia. Con ella sus hijos. Regresó a la tierra tras peripecias sin final y de nuevo el forjar de otra vida distinta. Lo logran. Más tarde la enfermedad sin entrañas se hace voz y acción inapelables y ella se evade de lo que comprende sin remedio en el ámbito de la amistad, de las tertulias, de la pintura que había transitado con buena mano en su juventud. Así, bajo el cuidado—ahora—del esposo vigilante, atento años seguidos de años a todos sus mimos de enferma en regreso a una infancia segunda, decide su viaje para cuidar a su hijo que ha de operarse. Se le hace ver lo peligroso de la decisión y se muestra irreductible; dice: «A un hijo nadie puede cuidarlo como su madre». Sí, era así, pero los viejos bohemios amigos de siempre sabíamos que tampoco regresaría de aquel riesgo, de aquella obcecación maternal: ¡Así ha sido!

Ahora una lápida como tantas recordará su nombre por unos años en el sevillanísimo cementerio de San Fernando. Han navegado pálidos, en el recuerdo, los reglones de evocación de «Ericka», aquel poema sin olvido de «Alonso Quesada».

¡Pero el mar no está en Sevilla!

NESTOR ALAMO

(Del *Diario de Las Palmas* 27-1-76).



# *INDICE*

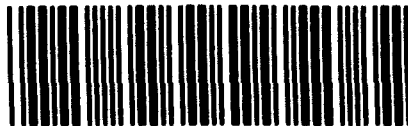
	<u>Pgs.</u>
<i>Ultima noche contigo</i> . . . . .	<b>9</b>
<i>Comunicatio interrupta</i> . . . . .	<b>19</b>
<i>Apéndices</i> . . . . .	<b>23</b>



**Esta primera edición,  
NO VENAL,  
del poema *Ultima noche contigo*,  
de Pedro Perdomo Acedo,  
-que consta de 100 ejemplares-,  
se terminó de imprimir  
el día 18 de Noviembre de 1976  
en los Talleres de Pedro Lezcano,  
de Las Palmas.**

**Fue compuesto a mano por  
José Vega Herrera  
con tipos Bodoni.**

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



\*377013\*

**BIG 860-1 PER ult**